

EL HOMBRE DEL TIOVIVO



10
CTVS.

COLECCION "MARUJITA" N° 57

57

EL HOMBRE

DEL TIOVIVO

118X162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA

EL HOMBRE DEL TIOVIVO



Juanita y Benito habían de recorrer todos los días un largo trecho desde su casa a la escuela, atravesando numerosos campos. Un día notaron que el enorme campo del señor Gil había sido tomado para instalar una feria. En aquel momento estaban armando algunos tiovivos, barracas y columpios.

—¡Oh!—exclamó Juanita.—Mira, una feria.

—Acuérdate de que en la alcancía tenemos ya dos pesetas y media—contestó Benito.

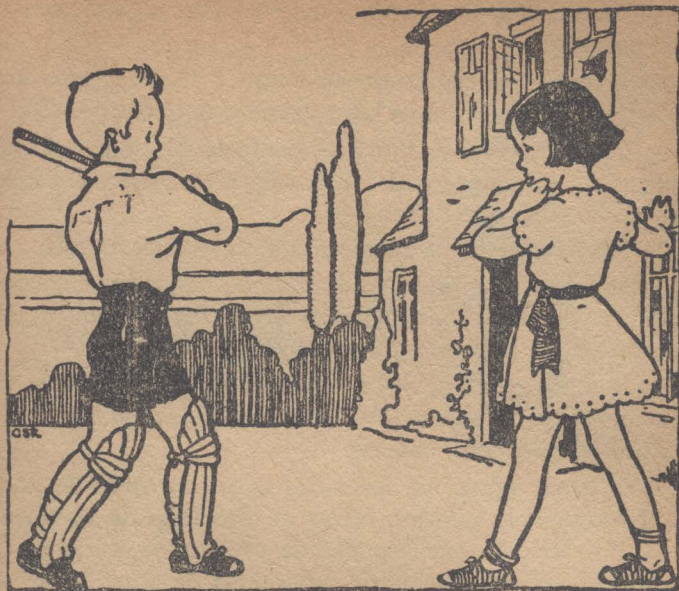
Pero aquella misma tarde, mientras los dos niños jugaban al "cricket" en el jardín, tuvieron la desgracia de lanzar la pelota contra el vidrio del cuarto de baño, rompiéndolo. Papá, al oír el ruido, salió muy enojado.

—Eso os costará dos pesetas y media. Es ya el segundo vidrio que rompéis en un mes. Traedme la alcancía.

Benito obedeció y entregó las monedas a su papá.

—Guardábamos ese dinero para ir a la feria, papá—dijo Juanita casi llorando.

—Lo siento mucho, hijita—contestó su papá.—Pero



LA PELOTA FUÉ A DAR CONTRA EL VIDRIO DE UNA VENTANA

ya sabíais que en cuanto rompieseis otro vidrio, habríais de pagarlo, de manera que antes de empezar a jugar al "cricket" era preciso acordarse de eso.

Los dos niños ya no tenían ningún dinero para ir a la feria. Todos los días, cuando volvían a casa, a la salida de la escuela, se detenían ante los tiovivos, que giraban alegremente y habrían dado cualquier cosa por subir a ellos, porque les gustaban extraordinariamente.

Una tarde vieron a un pobre ciego, que estaba al lado del campo de la feria, apoyado en su bastón y como si quisiera cruzar la carretera.

—Vamos a preguntarle si quiere pasar al otro lado—dijo Juanita.

En efecto, se acercaron al ciego y le ofrecieron sus servicios para llevarlo al lado opuesto del camino.

—Os lo agradezco mucho—contestó el ciego.—Esperaba a mi hijo para que me acompañase, pero sin duda ha tenido algo que hacer.

—Pues nosotros lo acompañaremos—dijo Juanita.

Luego, entre ella y su hermano, cogieron cuidadosamente al ciego y le hicieron atravesar el camino, en cuanto ya no hubo ningún automóvil a la vista.

—Muchas gracias, niños—dijo el anciano.—Ahora ya puedo volver a casa sin inconveniente, porque no he de cruzar ningún otro camino.

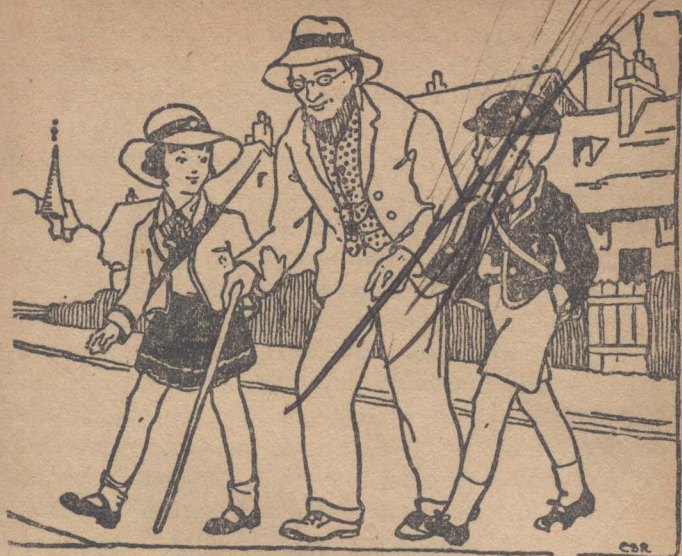
A la tarde siguiente, los niños lo encontraron de nuevo y también lo guiaron hacia el otro lado de la carretera. Así sucedió por espacio de un par de semanas, y un día el anciano, antes de despedirse de ellos, les dijo:

—Esta es la última vez en que necesitaré vuestro auxilio. Mañana se va la feria y yo me marcharé con ella. Formo parte del personal.

—No lo sabíamos—contestó Juanita.—Debe de ser muy agradable formar parte de una feria. Esta vez ni mi hermano ni yo hemos podido visitarla. Rompimos el vidrio de una ventana y tuvimos que pagar su coste a papá, con lo cual nos quedamos sin un céntimo.

—¡Y con lo que nos habría gustado subir al tiovivo!—dijo Benito.—Pero si la feria se acaba mañana, ya no nos será posible.

—¡Cuánto siento no haberlo sabido antes!—dijo el anciano.—Yo me figuraba que habíais estado ya muchas veces en la feria.



ACOMPañARON AL CIEGO PARA QUE ATRAVESARA LA CARRETERA

En aquel instante, un hombre corpulento se acercó y miró a los dos niños.

—¡Hola, padre!—dijo al anciano.—Precisamente venía a recogerte. ¿Son éstos los niños que tan bondadosamente te han ayudado estos días?

—Sí, Jorge—contestó el ciego.—Y has de saber que no han podido ir una sola vez a la feria, a pesar de que lo deseaban mucho. Es una lástima. Mañana mismo nos marchamos y no he podido invitarlos a que se diviertan gratis. Unos niños tan bondadosos como éstos, merecen una recompensa.

—Mira, padre—dijo aquel hombre joven.—Aun que-

da el día de mañana. No desarmaremos nada hasta las doce de la noche. Además, como es sábado, estos niños no habrán de ir a la escuela. Por consiguiente, podrán venir y subir tantas veces como quieran al tiovivo.

—¡Oh!—exclamó Juanita con los ojos brillantes de alegría.—¿Habla usted en serio?

—Naturalmente que sí—contestó aquel individuo. —Esos caballitos me pertenecen, de modo que mañana podréis subir cuantas veces queráis.

—No sé si papá nos dejará—observó Benito.

—¡Oh, sí!—contestó, riéndose, el dueño del tiovivo.—Os acompañaré a vuestra casa y se lo pediré yo.

Los cuatro, porque el anciano también quiso ser de la partida, se dirigieron a casa de los niños, y en cuanto papá y mamá se enteraron de la bondadosa conducta de sus hijos, sintiéronse orgullosos y complacidos.

—Mañana es el último día—dijo el dueño del tiovivo.—Pero si usted quiere, señor, y permite que sus hijos vayan a la feria, por la tarde, podrán subir cuantas veces quieran a mi tiovivo. De este modo corresponderé a su bondad.

Papá dió su consentimiento y aun, al día siguiente, regaló una peseta a cada uno de sus hijos, para que pudiesen divertirse mejor en la feria.

Ya comprenderéis que pasaron una tarde deliciosa, pero sin duda alguna la tenían merecida.



EL MAYOR GIGANTE DEL MUNDO

Hace mucho tiempo, vivía el brujo Ojosgrandes, que tenía un hijo llamado Silón, aunque no contaba más que un año de edad. Silón se arrastraba por el cuarto de trabajo de su padre, mientras él estaba ocupado en sus encantamientos. Pero un día ocurrió algo espantoso. Ojosgrandes estaba preparando un encantamiento para una bruja, que deseaba robustecer y hacer crecer sus manzanos y luego, una vez terminada la preparación del líquido mágico, lo dejó en un cuenco para que se enfriase. La mesa era bastante baja y el encantador tomó un libro y empezó a estudiar.

El niño descubrió el cuenco y le agradó el color dorado y brillante del líquido que contenía. De pronto se apoderó del recipiente, lo levantó y derramó todo su contenido encima de su propio cuerpo.

Silón empezó a llorar y se tragó las gotas del líquido que resbalaban por su rostro. Su traje quedó empapado y tuvo frío. El encantador profirió algunas exclamaciones de dolor y acudió al lado de su hijito. La madre, por su parte, llegó corriendo y lo tomó en brazos.

—¿Por qué has dejado ese cuenco al alcance del niño?—preguntó enojada.

—Lo malo es que no era agua—contestó el encantador, dando un gemido,—sino un filtro que hice para

la bruja que vino a verme ayer. Ahora se ha estropeado todo.

—¿Un filtro?—exclamó su esposa asustada.—¡Dios mío, y el niño se ha tragado algunas gotas! ¿No le harán daño?

—Creo que no—contestó el hechicero.—Pero ya lo veremos dentro de poco rato.

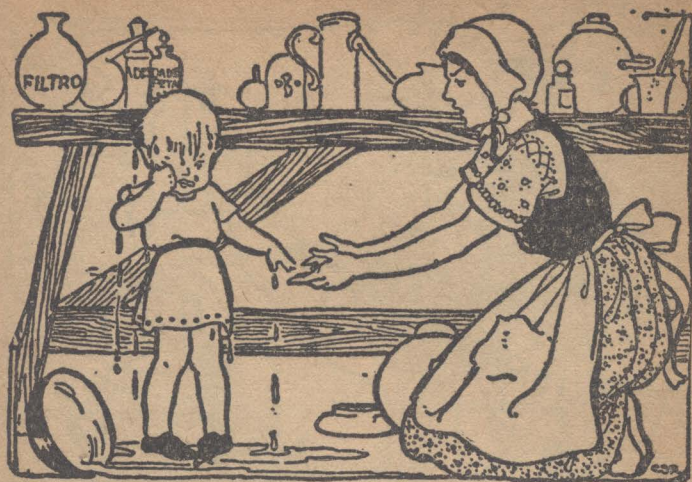
Durante algún tiempo, el hechicero y su mujer no pudieron observar nada desagradable en el niño. Crecía bien y muy pronto adquirió doble corpulencia de los niños de su edad. Todo el mundo decía que era un hermoso niño y muy robusto. Pero algún tiempo después empezó a crecer y a ensancharse proporcionalmente de tal manera, que la gente se maravillaba al verlo.

—Está demasiado desarrollado para su edad—decíanse unos a otros.—Sin duda debe de haber algún encantamiento en eso. Aun no ha cumplido los cinco años y ya es mucho mayor que su padre Ojosgrandes.

Éste sabía muy bien lo que había ocurrido. El filtro que compuso para que creciesen y se desarrollaran mejor los manzanos de la bruja, ejercía su influencia en su hijo, convirtiéndolo en un gigante. Pronto el hechicero y su esposa empezaron a temer a Silón, porque en cuanto se oponían a alguno de sus caprichos, él les pegaba con extraordinaria fuerza.

Por esta causa, el niño hizo, a partir de entonces, todo lo que se le antojaba y en el pueblo nadie se atrevía a contrariarle, para no ser golpeado por él. De este modo Silón creció egoísta y malvado.

A los veinte años de edad era, sencillamente, enorme. Con la cabeza llegaba hasta las nubes y tenía unos pies tan grandes como un campo. Su voz era más fuerte que el trueno y comía más que cien hombres.



SILÓN SE ECHÓ A LLORAR Y SE TRAGÓ UNAS GOTAS DEL LÍQUIDO QUE RESBALABA POR SUS MEJILLAS

Nadie sabía qué hacer con él. Todos los habitantes de la población habían de ocuparse en proporcionarle comida y si no le daban lo que él necesitaba, empezaba a patear con tal fuerza, que se derrumbaban las casas y todo el mundo se asustaba sobremanera.

Por último dejó de crecer. Pero, sin duda, era el gigante más grande del mundo entero y también el más egoísta. No quería trabajar, pero obligaba a los demás a que lo hiciesen por él, amenazándolos con destruir la población, en caso contrario.

Hubo un invierno de mucho frío y Silón ordenó a los habitantes del pueblo que le construyeran un gran castillo.

Mas a pesar de que ellos se esforzaron en complacerlo, no consiguieron alcanzar siquiera la altura de la



OJOSGRANDES PRONUNCIÓ SIETE PALABRAS MUY RARAS Y ARROJÓ EL LÍQUIDO AL SUELO

cabeza del gigante. Así, pues, creyeron que sería mucho mejor proporcionarle una gran cueva.

—Así estarás muy caliente, Silón. En una cueva no te llegará la escarcha ni el viento. En todo el reino no hay bastante piedra para construir un castillo a tu medida, de modo que has de contentarte con una cueva.

Al principio, Silón no quiso hacerles caso e insistió en que le construyesen el castillo, pero luego pensó que, en efecto, estaría muy cómodo en una buena cueva y encargó que se la buscaran.

Los habitantes del pueblo no se molestaron en eso, sino que rogaron a Ojosgrandes que se la procurase, gracias a su magia. El hechicero compuso un poderoso filtro, pronunció siete palabras muy raras, arrojó el líquido al suelo y en el acto se abrió a sus pies una cueva



EL DUENDECILLO FUÉ A TOMAR EL TREN

lo bastante grande para alojar cómodamente a una docena de gigantes.

—Silón estará muy cómodo en esta cueva—se decía la gente.

El gigante ordenó que le preparasen una cama y que le proporcionasen una silla y una mesa, de modo que, en breve, quedó bien instalado.

—¡Ojalá pudiésemos tenerlo encerrado en esa cueva para siempre más!—suspiraba la gente.—Pero en la primavera saldrá de nuevo a estropearnos las casas y a darnos sustos de muerte.

—¿Y no podríamos atarlo?—preguntó un duendecillo.

—¡Bah!—exclamó el jefe del pueblo.—¡Qué idea! ¿Crees que hay alguien bastante atrevido para atar a Silón?

—Pues yo no tendría ningún inconveniente en encargarme de eso—contestó el duendecillo.—Estoy seguro de que se me ocurriría un buen plan.

Todos se echaron a reír, de modo que el duendecillo se sonrojó mucho. Luego se alejó, cogió su male-

tín y se dirigió a la estación para tomar el tren. Quería ir al pueblo inmediato, donde vivía un excelente herrero. Y, en efecto, el duendecillo, al llegar a su destino, lo encontró ocupado en trabajar.

—¿Podría usted hacerme una cadena de acero, lo bastante fuerte para que nadie en el mundo fuese capaz de romperla?—preguntó.

—Eso es fácil—contestó el herrero.—¿Y qué me pagarás a cambio de eso?

—De momento no tengo ningún dinero—contestó el duendecillo.—Pero si, realmente, es usted capaz de hacer una cadena que nadie pueda romper, seré rico y le pagaré lo que quiera.

El herrero aceptó el trato y empezó a trabajar. No dejó de mano su tarea durante cuatro semanas seguidas y luego pudo mostrar al duendecillo una cadena de acero tan fuerte y pesada, que el último no consiguió siquiera mover uno solo de sus eslabones.

—Eso no se romperá nunca—dijo el cerrajero, muy orgulloso de su trabajo.—Será preciso que alquiles treinta y cinco caballos para transportarla.

El duendecillo contrató cincuenta y entre todos arrastraron la gran cadena hacia el pueblo. Todo el mundo iba a verla y el duendecillo explicó que estaba destinada a atar a Silón, con objeto de que no pudiese salir nunca más de su cueva.

—Le daremos a entender que se trata de un juego—añadió.—Acompañadme a su cueva y veremos lo que sucede.

Los curiosos se dirigieron atropelladamente a la cueva del gigante y el duendecillo se asomó a la boca de aquella gritando:

—¡Silón! ¿Eres tan forzado como antes? Aquí hay quien asegura que te has debilitado.

—Si queréis os daré la prueba de lo contrario—contestó el gigante enojado.—Soy mucho más fuerte que cualquier otro gigante del mundo entero.

—Pues, mira, aquí hay una cadena que ni siquiera tú podrás romper—dijo el duendecillo, haciendo seña para que se aproximasen los caballos.

Silón dirigió una mirada desdeñosa a aquella cadena.

—Átame como quieras con una cadena de juguete como esa y ya verás cómo la rompo en un instante.

Eso era, precisamente, lo que deseaba el duendecillo. Llamó a los hombres más fuertes de la población, para que lo ayudasen, y, al cabo de algunas horas de trabajo, consiguieron dejar al gigante muy bien sujeto a una roca.

—Bueno, ¡ya estás atado!—dijo el duendecillo, muy satisfecho.—Ahora no podrás libertarte, Silón.

Pero el gigante se limitó a sonreír. Hizo una contracción y un instante después rompiéronse con gran ruido varios eslabones, de modo que quedó nuevamente libre.

Todo el mundo fingió quedarse en extremo admirado y aun algunos vitorearon al gigante, por miedo de que se figurase la verdadera intención que tenían. Él sonrió muy contento, en vista de que todo el mundo se alegraba de ser testigo de su fuerza enorme.

—Si queréis, traedme otra cadena más fuerte todavía y os mostraré lo que puedo hacer. Capaz sería de romper una cadena veinte veces más fuerte que ésa.

—¡Oh, no! ¡No podrías!—exclamaron varios.—Realmente no podrías.

—Probadlo si queréis—replicó el gigante.

El duendecillo fué nuevamente a casa del herrero y le refirió lo ocurrido, encargándole luego que fabricase

una cadena veinte veces más fuerte, pues así el gigante no podría ya romperla.

—Me extraña mucho que haya podido romper la anterior—replicó maravillado el herrero.—Pero, en fin, te haré la cadena que me encargas, amiguito, aunque para eso no puedo trabajar solo. Es preciso que me ayuden doce herreros más.

Una vez se hubieron puesto de acuerdo el duendecillo y él, mandó en busca de doce compañeros y los trece, a la vez, empezaron a trabajar, a fin de hacer una cadena más fuerte que cuantas se vieran en el mundo hasta entonces. Estuvo terminada en tres semanas, porque los trece herreros trabajaron de día y de noche, sin parar. Luego, para el transporte, fué preciso emplear un millar de caballos, y los habitantes del pueblo en que vivía Silón acudieron a animar a los pobres animales con sus voces de aliento.

Cuando Silón vió la enorme cadena, se puso serio.

—¡Ja! ¡Ja!—exclamó riéndose el duendecillo, al notar que miraba receloso la cadena.—Ésta es veinte veces más fuerte, como la pediste, asegurando que también serías capaz de romperla. Me parece muy ridículo que el gigante más poderoso del mundo entero tenga miedo ahora. Mejor será, tal vez, que no te dejemos que la rompas, a fin de devolverla a su dueño.

A Silón le molestó mucho la idea de que alguien pudiese burlarse de él. Miró nuevamente la cadena y luego contempló sus poderosos brazos.

—¡Atadme!—dijo con su tonante voz.—No tengo el más leve temor. Ya veréis con qué facilidad rompo en dos esa cadena.

Centenares de hombres se ocuparon en atarlo, y aseguraron en la roca los dos extremos de la cadena. Luego



LA CADENA SE ROMPIÓ POR VARIOS SITIOS A LA VEZ

se retiraron todos, para ver qué sucedía. Silón aspiró profundamente el aire y luego dió un tirón. La cadena resistió. Dió otro nuevo tirón, esforzándose más todavía, y entonces, por desgracia, la cadena se rompió en seis puntos y el gigante quedó libre.

Nuevamente los espectadores viéronse obligados a fingir que se maravillaban de aquella fuerza pasmosa y de que se alegraban mucho de que el gigante hubiese sido capaz de romper la cadena. Silón sonrió complacido, pues le gustaba mucho hacer gala de su vigor. Pero decidió no dejarse atar nunca más, por si acaso no podía luego libertarse.

—Ya me he cansado de estas estúpidas pruebas—dijo, —y, por lo tanto, no quiero dejarme atar nunca más.

Todos comprendieron entonces la inutilidad de intentar cosa alguna contra el gigante, de manera que se alejaron de la cueva tristes y cariacontecidos. En cambio, el duendecillo no abandonó la esperanza.

—Puesto que trece herreros no han sido capaces de hacerme salir airoso en mi empeño, quizá lo consiga un enano—pensó.

Tomó nuevamente su maletín, adquirió luego un billete en la estación del ferrocarril y se dirigió hacia las cavernas subterráneas de los enanos de la montaña. De esta manera llegó a la morada de Mirón, que era el más inteligente y astuto de todos.

Sabía Mirón tantas cosas, que la cabeza le había crecido extraordinariamente, en tanto que sus brazos y sus piernas no se desarrollaron de la misma manera; era, pues, un personaje de raro aspecto, pero muy bondadoso y siempre dispuesto a ayudar a cualquiera.

El duendecillo le refirió lo sucedido y le dió cuenta de

que Silón había roto las dos cadenas. Luego le preguntó si sería capaz de ayudarle.

—Me parece que sí—le contestó Mirón después de reflexionar un momento.—Quédate aquí una semana y te daré algo que ningún gigante podría romper, aunque fuese tan grande como el mundo entero.

Así, pues, por espacio de una semana el duendecillo permaneció en la morada de Mirón y fué testigo de cómo trabajaba. El enano tomó las cosas más raras y las mezcló cuidadosamente. Tomó las huellas de seis tigres, un pedacito del arco iris que nadie es capaz de doblar, cierta cantidad de agua de un estanque sin fondo y las raíces de una alta montaña. Otras muchas cosas puso en su composición, que el duendecillo no averiguó en qué consistían; el enano las mezcló con el mayor cuidado, tomando toda clase de precauciones, y al mismo tiempo canturreaba tan extrañas palabras, que el duendecillo, al oírlas asustado, sentía erizársele el cabello.

En cuanto aquella composición estuvo hecha, el enano metió las manos en ella y luego las sacó. Aquella substancia se pegó a sus dedos, como si fuese caramelo, y luego el enano arrolló tan extraña substancia en forma de hilo, en torno de un palito. Tenía el aspecto de ser un brillante hilo de seda y no era más grueso que un algodón de zurcir. Mirón hizo, pues, un ovillo hasta que por fin ya no quedó nada en el fondo del cuenco.

—Ahora he de dejarlo una noche a la luz de la luna y ya estará listo—dijo.

—Pero ¿crees, Mirón, que eso será realmente bastante fuerte?—preguntó extrañado el duendecillo.—Parece tan débil, que casi yo mismo me siento con fuerzas para romperlo.



AQUELLA SUBSTANCIA SE AGARRÓ A LOS DEDOS DEL ENANO

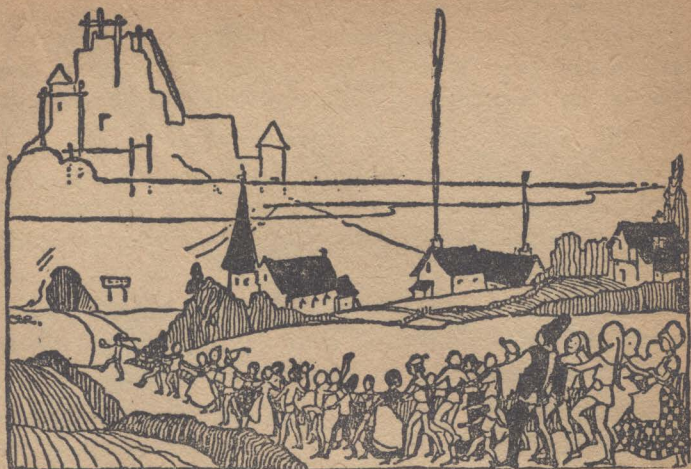
El enano sonrió y no replicó. Durante toda aquella noche tuvo el ovillo expuesto a la luz de la luna y por la mañana el enano se lo entregó al duendecillo.

—No hay nadie en el mundo capaz de romper esto— le dijo.—Ni siquiera yo mismo, que lo he hecho, podría romper uno solo de esos hilos.

El duendecillo dió las gracias al enano y luego regresó a su pueblo. Al llegar mostró a sus amigos lo que traía consigo, pero todos se rieron de él. Sin embargo, desenrollaron el hilo y tiraron de él entre varios, aunque en vano, pues no consiguieron romperlo.

—A pesar de todo, Silón lo romperá en un abrir y cerrar de ojos. Es demasiado delgado. Y ¿cómo lo ataremos? Ya recordarás que, según dijo, no se dejaría atar otra vez.

—Tengo una idea—contestó el duendecillo.—Ahora empieza la primavera y Silón querrá salir de su cueva, para tomar el sol. Ataremos una serie de margaritas en el hilo, como si fuese una cadena florida y luego lo ro-



LA GENTE FUÉ A LA CUEVA, CANTANDO Y BAILANDO

dearemos con ella, como si quisiéramos adornarlo. Él dejará hacer, muy satisfecho, y luego ya no podrá moverse.

—Bueno, no se pierde nada con probar—dijeron todos, aunque poco seguros del resultado.—A pesar de todo, estamos seguros de que Silón romperá ese hilo como si fuese una telaraña.

Aunque nadie confiaba en el resultado, se afanaron en coger numerosas margaritas y en atarlas a lo largo de aquel extraño hilo, de manera que al fin pareció una larga cadena de flores. En cuanto estuvo terminada se dirigieron, cantando y bailando, a la cueva del gigante, como si estuviesen muy alegres por la llegada de la primavera.

Silón los contempló sorprendido.

—Hemos venido para acompañarte en tu salida, Silón—le dijeron.—Y, mira, hemos hecho en tu honor una cadena de margaritas. ¿Quieres que te adornemos con ella?

Silón consintió, sonriendo, aunque no dejó de examinar aquella cuerda, con el recelo de que ocultase una cadena. Mas al ver aquel delgado hilo sonrió, sin darle importancia.

Dejó que el duendecillo le rodease el cuerpo con la cadena de flores y luego el astuto y pequeño personaje sujetó los dos extremos en las rocas inmediatas.

—Ahora vamos, Silón—le dijo alejándose rápidamente del alcance de sus manos.—Sal a tomar el sol, adornado de margaritas.

El gigante trató de dar un paso, pero aquel delgado hilo se lo impidió. Dió un ligero tirón, figurándose que el hilo se habría enredado en alguna parte, pero fué en vano. Ya irritado, tiró con toda su fuerza, mas sin conseguir ningún resultado, porque la delgada hebra resistió.

Cuando Silón se dió cuenta de que lo habían engañado, dió tan fuerte rugido, que se estremecieron las chimeneas de los tejados y casi se cayeron al suelo. Mientras tanto, la gente huía despavorida, tapándose los oídos y Silón seguía tirando con todas sus fuerzas de aquel extraño hilo, asombrado de que tan débil hebra lo sujetase con tanta firmeza. Las margaritas se cayeron una a una y el gigante retorció el hilo entre sus enormes dedos.

Mas no le fué posible romperlo. Era aquel hilo muchísimo más fuerte que cualquiera de las dos cadenas.



ENTONCES SILÓN SE DIÓ CUENTA DE QUE ESTABA
COGIDO Y RUGIÓ

Resbalaba por entre sus dedos y lo peor era que a causa de su delgadez no podía cogerlo.

Rabioso, comprendió que se había dejado coger y rugió colérico. Golpeó la tierra con sus pies, haciéndola estremecer, dió puñetazos contra las rocas que formaban la pared de la cueva y al fin la bóveda se estremeció de tal manera, que algunas piedras cayeron sobre su cabeza, lo que acabó de enfurecerle.

Durante todo el día y la noche siguiente no cesó en sus rugidos, en tanto que los habitantes del pueblo permanecían en sus respectivas casas, temblando de miedo y preguntándose qué sería de ellos si el hilo llegaba a romperse. Únicamente el duendecillo no sentía el más pequeño temor, pues sabía de qué cosas estaba hecho



EL DUENDECILLO SE COMPRÓ UNA LINDA CASITA

aquel hilo milagroso.

Al día siguiente se acercó a la boca de la cueva y mirando al interior, exclamó severamente:

—Escúchame, Silón. Estás atado para siempre más, pero lo tienes muy merecido, porque eres un gigante malo y egoísta, que nunca ha hecho un favor a nadie, sino todo lo contrario. Por consiguiente, eres nuestro prisionero. Si te conduces pacíficamente, te daremos de comer todos los días, pero si continuas rugiendo de rabia, te dejaremos morir de hambre.

Silón escuchó estas palabras, y comprendió que había sido derrotado. Se apaciguó, pues, y rogó al duendecillo que le hiciese llevar algo de comer, pues, por su parte, prometió portarse apaciblemente.

El duendecillo se alejó y, en breve, todos los habitantes del pueblo se enteraron de la gran noticia. El gigante mayor del mundo estaba atado y reducido a la impotencia, de modo que nunca más podría recobrar la libertad. Todo el mundo vitoreó al duendecillo y le dió

palmas amistosas en el hombro. Le regalaron cien talegas de monedas de oro y él, en el acto, pagó su deuda a los herreros que fabricaron las cadenas para sujetar al gigante.

Luego, con el resto de su dinero, compró una casa muy bonita, se casó con una mujercita lindísima y en adelante vivió en extremo feliz.

En cuanto a Silón, suele permanecer tranquilo, pero cuando tardan en darle de comer, se pone furioso, de modo que, a veces, casi da la impresión de que hay un terremoto en el pueblo.

Pero no hay miedo de que se escape, porque aquel hilo maravilloso lo retendrá hasta el fin del mundo.

LOS CHANCLOS ENCANTADOS

Hace mucho tiempo, en el pueblo de Manzanar, vivía un duendecillo muy desagradable, llamado Ganor. Sabía mucha magia y todo el mundo le temía.

Ganor tenía una costumbre muy desagradable. Si salía el sol y se había olvidado la sombrilla, detenía a la primera persona que llevase aquel utensilio y le obligaba a entregárselo. Y si salía en una nevada sin abrigo, se apoderaba del que llevaba la primera persona que por azar veía.

Nadie se atrevía a negarle cosa alguna, por temor de despertar su cólera. Pero todo el pueblo de Manzanar estaba irritado contra él y deseaba librarse de aquel desagradable individuo.

Un día, un duendecillo, llamado Carachica, tuvo una gran idea.

—Escuchad—dijo a los habitantes del pueblo.—Vamos a comprar un encantamiento y lo pondremos en un par de chanclos, de modo que quien se los ponga se vea obligado a alejarse para ir al otro extremo del mundo. Procuraremos que Ganor se los ponga y así lo perdemos de vista.

—Pero ¿cómo obtendremos ese encantamiento?—preguntó alguien.—Ganor es la única persona que se dedica a venderlos.

—Yo iré a comprárselo, fingiendo que es para la tía

Roñosa—dijo Carachica.—Le diré que queremos librar-nos de ella y Ganor se alegrará, porque le tiene mucha rabia desde el día que la pobre mujer dijo que era un sinvergüenza.

—Bueno—dijeron los demás.—Ve a comprar ese encantamiento, Carachica.

El duendecillo, después de proveerse de una moneda de plata, se dirigió a casa de Ganor y llamó a la puerta.

—Quisiera un encantamiento para perder de vista a alguien—dijo.

—¿A quién?—preguntó Ganor.

—Podría ser la tía Roñosa—contestó astutamente Carachica.

—¡Ah! ¿Esa mala mujer?—exclamó Ganor.—Pues bien; te lo venderé. ¿Dónde lo pondrás?

—Creo que en unas botas o en unos zapatos!—contestó Carachica.

—Perfectamente. Te daré uno, que la obligará a saltar y a seguir corriendo sin parar, hasta que llegue muy lejos. Así todo el mundo se reirá de ella.

Efectivamente, Ganor preparó el encantamiento y, muy satisfecho, se lo entregó a Carachica, quien se alegró bailando de alegría.

—Ahora—dijo a sus conciudadanos,—hemos de esperar un día lluvioso en que Ganor salga de su casa. Todo el mundo deberá quedarse en la suya propia, a excepción de yo mismo, que llevaré unos chanclos nuevecitos. Cuando encuentre a Ganor, me obligará a dárselos; entonces meteré en ellos su encantamiento y así nos divertiremos. Bien se arrepentirá de su eficacia.

Tres días después empezó a diluviar. Ganor tenía necesidad de salir de compras. Tomó su paraguas, que, dicho sea de paso, había quitado a un desgraciado duen-



—¡ES UN ENCANTAMIENTO!—EXCLAMÓ GANOR

decillo el último día que llovió, y salió a la calle. Sus zapatos se hallaban en bastante mal estado, de modo que en breve tuvo los pies mojados.

—A ver si pasa alguien que lleve un buen calzado o unos chanclos de goma—pensó.

Pero no encontró a nadie, porque, como ya sabemos, todo el mundo se había quedado en su casa. Por último, en el extremo de su calle, divisó a Carachica.

En cuanto estuvo a su lado, lo paró y le dió la orden de cederle sus chanclos de goma. Carachica se inclinó y se los quitó. En cada uno de ellos puso disimuladamente la mitad del encantamiento y luego entregó los chanclos a Ganor, que se apresuró a ponérselos.

¡Qué escena tan divertida se desarrolló entonces! Los chanclos daban numerosos saltos, desde luego rodeando los pies de Ganor, de modo que el asombrado duendecillo empezó a bailar y a saltar por la calle, tratando, en vano, de contener sus pies.

—¡Es un encantamiento! ¡Es un encantamiento!—exclamó.

—Sí—le contestó Carachica, al mismo tiempo que todos los vecinos salían a la calle riéndose.—Tú mismo lo hiciste, Ganor. Acuérdate de que te lo compré el lunes

pasado. ¿Te gusta? ¡Qué divertido estás!

Ganor quiso agredir a Carachica, pero no consiguió acercarse a él, porque los chanclos lo llevaban calle abajo. Los vecinos lo seguían, riéndose muy complacidos. Aquel era un castigo magnífico para Ganor.

—¿Adónde me llevarán?—exclamó el asustado duendecillo, mientras se alejaba.

—¡Dios lo sabe!—contestó Carachica.—Lo cierto es que ya no volveremos a verte.

Y realmente fué así, porque Ganor no volvió nunca al pueblo.

EL ASNO Y LOS LEONES

Una vez, el asno Gallardo estaba comiendo un poco de hierba junto a un seto, cuando oyó lo que el granjero Pedro decía a su mujer. De pronto enderezó las orejas y cesó de comer, muy asustado. Luego fué en busca de la cabra Linda, que estaba al lado de unas matas.

—Oye, Linda—le dijo.—Tengo muy malas noticias para ti. Recoge tus cabritos, porque el granjero Pedro ha dicho que por los alrededores hay leones.

—¡Dios mío!—exclamó Linda asustada.—Habré de ir a avisar a la Madre Vaca, que, en unión de sus terneros, está en el campo.

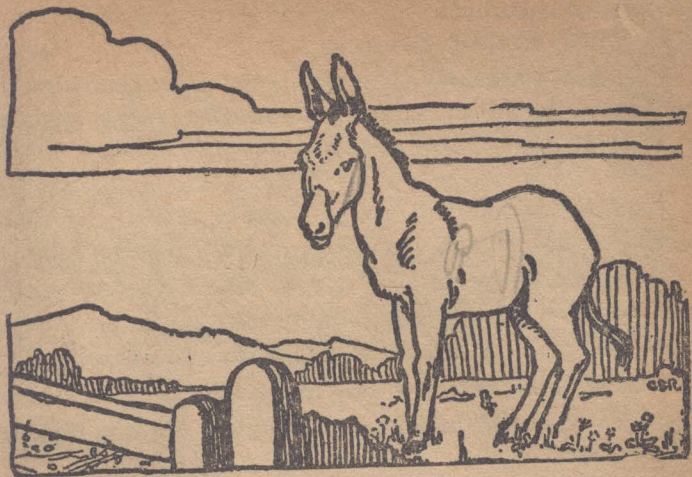
Se dirigió allá y en cuanto se vió en presencia de su amiga, le comunicó la mala nueva.

—¡Repaja!—exclamó la señora Vaca poniéndose en pie apresuradamente.—Tendré que ir a avisar a la yegua Saltarina. Tiene un potro lindísimo.

En efecto, se dirigió a la sombra de un olmo, en donde estaba la yegua, en compañía de su lindo potro y, en el acto, se apresuró a darle la mala nueva.

—¡Algarrobas!—exclamó la yegua agitando la cola.—Será preciso que avise a la señora Pato, que tiene diez patitos monísimos.

Se dirigió al encuentro de la señora Pato, que nadaba en el estanque con sus diez patitos amarillos y, a su vez, le transmitió la mala noticia.



EL SEÑOR ASNO ENDEREZÓ LAS OREJAS Y DEJÓ
DE COMER

—¡Renacuajos!—exclamó la señora Pato, saliendo presurosa del agua.—Convendrá que avise a la Gallina, que tiene siete pollitos preciosos.

Fué a su encuentro y la halló, paseando por el patio de la granja. Apresuróse a comunicarle la alarmante noticia y la Gallina, asustada, exclamó:

—¡Regusanos! Será conveniente que avise a la Perra Ligera. Tiene tres perritos preciosos.

Se dirigió al encuentro de Ligera, que estaba en su perrera, en compañía de los cachorros. Y, sin rodeos, le dió la mala noticia.

—¡Reconejos!—exclamó la Perra.—Habré de avisar a la señora de la casa, porque tiene dos niños encantadores.

En efecto, se dirigió a su encuentro y encontró a la

buena señora batiendo la leche, en tanto que sus dos niños jugaban a corta distancia.

—Señora—exclamó Ligera,—he de daros una noticia espantosa. Poned en seguridad a vuestros niños, porque la Gallina acaba de avisarme que hay leones en el campo.

—Se ha burlado de ti—le contestó la señora echándose a reír.—Pero, en fin, voy a ver qué ha querido decirte.

Así, pues, la perra Ligera y la señora fueron al encuentro de la Gallina y le preguntaron:

—¿Quién te ha dicho que hay leones en el campo?

—La señora Pato. ¿No hay ninguno?

—No—contestó la señora.—Vamos a ver qué dice la señora Pato.

La señora, la Perra y la Gallina fueron al encuentro de la señora Pato, que, en compañía de sus polluelos, se había ocultado bajo un seto.

—¿Quién te ha dicho que hay leones en el campo?

—La yegua Saltarina—contestó la señora Pato.—¿Acaso no los hay?

—No—contestó la señora.—Vamos a ver qué quería decir la yegua Saltarina.

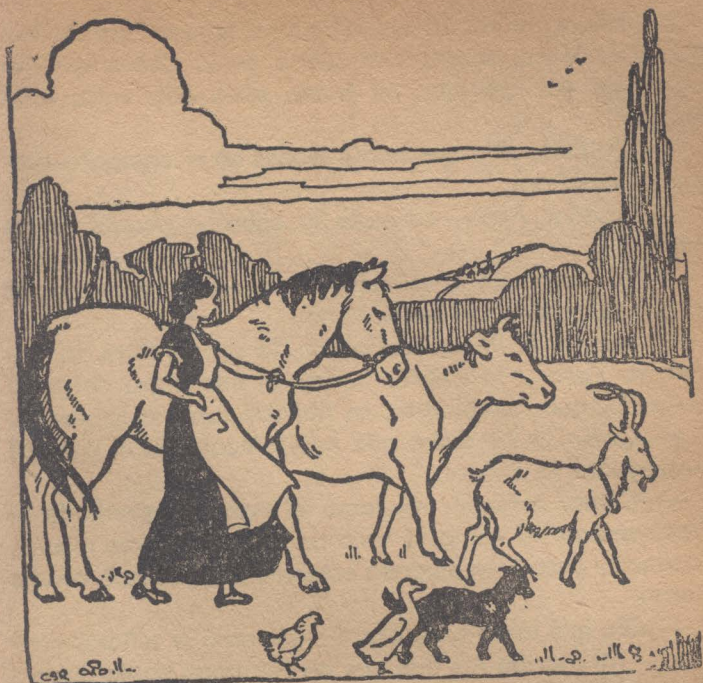
La señora, la Perra, la Gallina y la señora Pato, fueron al encuentro de la yegua que, con el potro, se había refugiado en la cuadra.

—¿Quién te dijo que hay leones en el campo?—preguntó la señora.

—La señora Vaca—contestó la yegua.—¿Acaso no los hay?

—No—contestó la señora.—Vamos a ver qué quería decir la señora Vaca.

La señora, la Perra, la Gallina, la señora Pato y la



—VAMOS A VER LO QUE QUISO DECIR EL ASNO—
EXCLAMÓ LA SEÑORA.

Yegua, fueron al encuentro de la señora Vaca, que, en unión de sus dos terneros, se había ocultado bajo un seto.

—¿Quién te dijo que había leones en el campo?—
preguntó la señora.

—La cabra Linda—contestó la Vaca.—¿Acaso no los hay?

—No—repuso la señora.—Pero, en fin, vamos a ver
qué quiso decir la cabra Linda.

La señora, la Perra, la Gallina, la señora Pato, la Yegua y la Vaca, salieron en busca de la Cabra que, en unión de sus cabrillos, se había escondido entre unas matas.

—¿Quién te dijo que había leones en el campo?—preguntó la señora.

—El señor Asno—contestó la cabra.—¿Acaso no los hay?

—No—contestó la señora.—Pero, en fin, vamos a ver lo que quiso decir el señor Asno.

La señora, la Perra, la Gallina, la señora Pato, la Yegua, la Vaca y la Cabra, fueron al encuentro del asno Gallardo, que, tembloroso, se hallaba junto a la puerta.

—¿Quién te ha dicho que había leones en el campo?—preguntó la señora.

—¿Cómo, señora?—exclamó el Asno, sorprendido.—Precisamente oí cómo el amo os lo decía a vos misma, hace muy poco rato, cuando estabais junto a esta misma puerta.

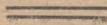
—¡Oh, qué tonto eres, asno!—exclamó la señora, riéndose.—Mi marido me dijo que en el campo había dientes de león, **dientes de león**. ¿No sabes lo que son los dientes de león?

El asno, muy avergonzado, inclinó la cabeza. Todos los animales se rieron de él y fueron a informar a sus pequeños de que no había motivo para asustarse.

Y, a partir de entonces, cuando algún animal se encuentra con el asno, le pregunta siempre la misma cosa:

—¿Ha visto usted algún león, señor Asno?

Y se echan a reír, muy divertidos, al ver que el asno se aleja rabioso y dando saltos.





UNA GRAN AVENTURA

de

POPEYE

en

Simbad el Marino

El invencible Popeye os ofrece su más emocionante aventura. - Luchas épicas, venciendo a fantásticos animales, monstruos y hasta al sin igual Simbad el Marino. - Ayudado por la esbelta Serafina y el incansable devorador de salchichas Pancita; el gran Popeye os hará reír con sus trucos siempre nuevos.

Precioso libro ilustrado con cubierta y 16 láminas a cuatro colores y gran cantidad de dibujos en negro, por

E. C. SEGAR.

PRECIO \$ 2.—

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES